

# INSTRUCCION *EX CATHEDRA* Y DISCUSION EN LA CRISIS DEL SABER UNIVERSITARIO Y EL DESCONTENTO ESTUDIANTIL

por JEAN-PAUL SARTRE

## *Poder estudiantil*

Lo que hay que explicar a la gente es que la violencia "incontrolada" tiene un sentido que no es la expresión de una voluntad de desorden sino de la aspiración a un orden diferente.

Tomemos el caso de los estudiantes, puesto que son ellos quienes han desencadenado el movimiento. ¿Qué es lo que quieren? Se responde: un "poder estudiantil". Decir eso es no decir nada mientras no se ha tratado de definir su posición en la Universidad y en la sociedad.

Esa posición no es de ninguna manera la misma que era la nuestra hace treinta o cuarenta años. Ya, cuando yo tenía veinte años, protestábamos contra el sistema de clases "ex cathedra". Pero éramos pocos, y nos considerábamos ¡hay! como una minoría selecta. Eramos veinticinco en la Escuela Normal —una promoción—, teníamos una biblioteca maravillosa, turnos para trabajar, habitaciones para dormir y un poco de dinero para divertirnos. Considerábamos que los libros eran mejores que las clases —lo que era cierto— y nuestra manera de manifestarlo era simplemente no asistiendo a ellas. Yo fui a la Sorbona una sola vez en un año, cuando los estudiantes reaccionarios decidieron boicotear las clases de un profesor cuyas ideas no les gustaban. Ese día, todos los normalistas, que no ponían allí jamás los pies, se distribuyeron por la Sorbona.

Nosotros no nos asfixiábamos porque éramos pocos. Se trabajaba con instrumentos perfectos, y en la intimidad. Yo preparé el doctorado con Nizan, Mahue —que está ahora en la UNESCO—, Aron y Simone de Beauvoir. Podíamos discutir con los profesores de la Escuela, y había allí debates perpetuos, pero todo eso se desarrollaba en una atmósfera de comodidad aristocrática.

## *Un saber sin valor*

Hoy, es completamente diferente. Los estudiantes han llegado a ser tantos que no pueden ya tener, con los profesores, las relaciones directas —ya difíciles— que nosotros teníamos en nuestro tiempo. Hay muchos estudiantes que ni siquiera ven al profesor. Oyen solamente por un altavoz, un personaje totalmente inhumano e

inaccesible, que les imparte un tema del que no comprenden en absoluto el interés que puede tener para ellos.

El profesor de facultad es casi siempre —lo era también en mi tiempo— un señor que ha hecho una tesis y que la recita durante todo el resto de su vida. Es también alguien que posee un poder al cual está ferozmente adherido: el de imponer a la gente, en nombre de un saber que ha acumulado sus propias ideas, sin que los que le escuchan tengan derecho a discutirlos. Ahora bien, un saber que no está constantemente criticado, superándose y reafirmando a partir de esta crítica, no tiene ningún valor. Cuando Aron envejecido, repite indefinidamente a sus estudiantes las ideas de sus tesis, escritas antes de la guerra de 1939, sin que los que le escuchan puedan ejercer sobre él el menor control crítico, ejerce un poder real, pero que no está ciertamente fundamentado sobre un saber digno de ese nombre.

¿Qué cosa es el saber? Es siempre algo que no es lo que se creía, que no se mantiene firme ya porque una nueva observación, una nueva experiencia se ha hecho con mejores métodos o mejores instrumentos. Y luego, esas nuevas experiencias son a su vez discutidas por otros sabios, unos reaccionarios, otros más avanzados. Es siempre así como suceden las cosas. La teoría de Einstein nació de una reflexión sobre la experiencia de Michelson y de Morley, que contradecía los postulados de la Física de Newton. Y de ahí salió la relatividad einsteiniana, que a su vez fue discutida treinta años después.

### *Sócrates y el esclavo*

Pero los estudiantes, se dirá, no pueden criticar últimamente la enseñanza de un profesor puesto que, por definición, no saben aún nada. Primeramente, el que no sabe nada, sabe siempre un poco más de lo que parece, como ese esclavo a quien Sócrates hacía descubrir de nuevo un teorema de matemáticas. Y luego, sobre todo, la cultura no puede transmitirse más que si se deja a la gente, en todo momento, la posibilidad de discutirla. Yo he hecho, a este respecto, dos experiencias muy significativas. Cuando era profesor en el Liceo de Laon, tuve como alumnos a hijos de ricos agricultores, para quienes un centavo era un centavo, una mesa una mesa, un toro un toro. No había que pensar poder sacarles de ese buen sentido materialista. Entonces me dije que era preciso comenzar el año encarrillándoles un poco y explicándoles el idealismo kantiano. Su resistencia fue feroz. La idea de que la realidad llamada exterior está constituida por la unidad interna de nuestra experiencia les resultaba insostenible. Después de un mes de impugnaciones, sin embargo, me dijeron: "Hemos comprendido". Y me envenenaron la vida durante todo el resto del año porque, a todo lo que yo trataba de explicar, me oponían a Kant. Lo habían asimilado tan bien, que se referían a ello siempre.

Más tarde, por el contrario, en el Liceo Pasteur, en París, he explicado cursos "ex cathedra". Los alumnos no discutían ya nada. Que el Universo sea una realidad exterior o una sucesión ligada de representaciones, que los hijos deseen a su padre o su madre ¿por qué no? Todo eso lo admitían perfectamente. Los periódicos y la radio les habían frotado con una falsa cultura. No discutían nada y, al final de año, no sabían nada. La única manera de aprender, es discutir. Es también la única manera de llegar a ser un hombre. Un hombre no es nada si no es impugnador. Pero debe también ser fiel a algo. Un intelectual, para mí, es esto: alguien que es fiel a un conjunto político y social, pero que no cesa de discutirle. Sucede, seguramente, que haya una contradicción entre su fidelidad y su impugnación, pero eso es una buena cosa, es una contradicción fructuosa. Si hay fidelidad sin discusión, eso no sirve: no se es un hombre libre.

### *Islotes ridículos*

La Universidad está hecha para formar hombres que discutan. Dicho de otro modo, un hombre de cuarenta y cinco años debería saber que las ideas que él se ha formado, después de haber discutido las de las personas que le han instruido y ayudado, serán discutidas a su vez, dentro de cinco años, por aquellos a quienes él ha instruido, quienes le dirán: "Eso no es así, es otra cosa". Tal es, en el fondo, la primera señal de envejecimiento. Esto sucede entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. Pero sí, después de haber dicho lo que se tenía que decir, se aprende a polemizar con los otros, entonces puede prolongarse un poco su edad madura, su vida útil.

Ahora bien, nosotros tenemos hoy todavía, en la Universidad, esos islotes ridículos que son los cursos "ex cathedra", desarrollados por señores que no se discuten nunca. Me dejaría cortar la mano si Raymond Aron ha discutido alguna vez, y es por eso por lo que es, en mi opinión, indigno de ser profesor. No es evidentemente el único, pero estoy muy obligado a hablar de él pues, en estos últimos días, ha escrito mucho. Y especialmente esto: "Es inconcebible que los estudiantes participen de una manera o de otra en la elección de profesor". ¿Por qué? Porque el poder fundado sobre el saber debe, según Aron, transmitirse de profesor a profesor, de adulto a adulto. Debe ser conferido desde arriba, lo mismo que, en la monarquía, eran los nobles quienes tenían el poder de ennoblecer a alguien, y no los burgueses.

Eso es normal, explica Aron, porque los estudiantes no saben nada: los estudiantes del primer año no pueden juzgar la enseñanza de un profesor al que no han oído aún. Yo hago observar aquí una cosa, y es que la mayoría de los profesores que, en una facultad, eligen a otro, no pertenecen a la disciplina que él enseña y no tienen ninguna idea del valor de su enseñanza. Dicho esto, no son sólo los estudiantes de

primer año quienes pueden tener que pronunciarse sobre la elección de un profesor. Hay los de segundo y de tercer año, que han seguido sus explicaciones y que saben muy bien lo que piensan de él. Deben todos votar conjuntamente.

Aron dice también: “Es inconcebible que los estudiantes ejerzan de una manera o de otra la función de examinador”. ¿En nombre de qué? ¿Por qué los estudiantes de doctorado no serían admitidos, si llegara el caso, a juzgar los conocimientos de los estudiantes de licenciatura? Esto es tan concebible, por el contrario, que ha ocurrido muy frecuentemente, en Europa, en períodos de guerra o de revolución, que los estudiantes reemplazaron a profesores que habían sido muertos o que tuvieron que huir.

### *Barraje contra Hegel*

Incluso si se trata de hacer participar en un tribunal de examen a estudiantes del mismo nivel de aquellos cuyos conocimientos se comprueban, la operación no tiene nada de absurdo, pues ustedes saben como yo cuál es la importancia, en un examen, del humor, de las manías intelectuales, y de las obsesiones del profesor. Si éste se ha levantado con el pie izquierdo, va a dar calificaciones de 2 y de 4 a alumnos que hubiesen tenido diez por la tarde. Y además, tiene sus opiniones. Recuerdo a Curvitch, por ejemplo: si no se le recitaba su curso de sociología exactamente como lo había construido, con a), b), c) . . . estaba uno perdido. Otro ejemplo. Lachelier, quien decía. “Mientras yo sea presidente del tribunal del doctorado, el que hable, en un trabajo, de Hegel no será aprobado”. Y Lachelier ha impedido efectivamente durante algunos años que la filosofía de Hegel entrase en Francia, cuando ya se difundía en Inglaterra y en Italia. De la misma manera, Brunshwig —yo escuchaba sus clases en la Sorbona porque lo encontraba más inteligente que los otros— no citó los nombres de Hegel y de Marx en sus dos primeros libros, y no consagró más que ocho páginas a Hegel en el tercero, sin dedicar ni una palabra a Marx.

Esa es la enseñanza incontrolada e incontrolable que se nos daba y que se nos da hoy aún. Por eso es por lo que es necesario que estudiantes no sólo del año de estudio en curso, sino del año siguiente, estén ahí para, en caso preciso, corregir un error, compensar un movimiento de mal humor, y que el profesor sepa que se le juzga al mismo tiempo que él juzga. Todo radica en esto: si el que juzga no es a su vez juzgado no hay verdadera libertad.

### *Fuera los exámenes*

Y no hay tampoco verdadera libertad cuando, y ése es el caso de hoy, todos los exámenes se vuelven concursos. Es una simple cuestión de número. Desde el momento en que hay “demasiados” estudiantes, y que se ha decidido no admitir más que

cierto número, estamos frente a un concurso. Cuando los estudiantes dicen: *fuera los exámenes*, eso significa en realidad *fuera los concursos; fuera la Universidad que sirve para fabricar un cinco por ciento de minoría selecta con un 95 por ciento de desperdicios*. Piden lo contrario: un sistema que permita al ciento por ciento de los ciudadanos cultivarse, sin que los medios de especializarse, y de llegar a ser un matemático o un cardiólogo sean rechazados por eso.

Lo que hay que suprimir es el sistema actual de selección. Y eso no es imposible, como lo prueban los progresos que se han logrado en la lucha contra una selección considerada antes como *natural*: la selección —por abajo— de los niños retrasados. Hace treinta años, cuando se tenía un niño retrasado mental, se le llevaba a Ville Evrad o al campo; quedaba definitivamente al margen, pero no retrasaba ya a los otros niños. Hoy se han realizado técnicas de recuperación que permiten reintegrar a la sociedad la mitad por lo menos de los niños retrasados mentales. Y eso ha sido así porque se ha cambiado de óptica. En lugar de pensar en términos de minoría selecta y en vez de decir al niño: “Tú no formarás jamás parte de la sociedad, eres un pequeño salvaje”, se le dice: “Tú eres un hombre, la cultura te pertenece, puedes trabajar con los otros”. Y cuando se sabe ayudarle, se logra.

A otro nivel, es exactamente la misma revolución la que es preciso hacer en la Universidad. Es preciso que los maestros se asignen por tarea no ya localizar entre la masa de sus alumnos los que les parecen dignos de integrarse a una minoría selecta, sino permitir el acceso de toda la masa a la cultura. Eso supone evidentemente otros métodos de enseñanza. Supone que el profesor se interese por todos sus alumnos, que trate de hacerse comprender por todos, y que se les escuche tanto como se les habla. Eso supone que no se considera ya, como Aron, que pensar sólo detrás de su mesa —y pensar la misma cosa desde hace treinta años— representa el ejercicio de la inteligencia. Eso supone, sobre todo, que cada maestro acepte ser juzgado y discutido por aquellos a quienes enseña, y que se diga: “Me ven completamente desnudo”. Es molesto para él, pero es preciso que pase por ello si quiere volver a llegar a ser digno de enseñar.